



Isaac Asimov

La Última
Respuesta

de

En la historia, el físico ateo Murray Templeton muere de un ataque al corazón y es recibido por un ser de conocimiento supuestamente infinito. Este ser, conocido como La Voz, le explica al físico la naturaleza de la vida después de la muerte debido a un *nexus* de fuerzas electromagnéticas. La Voz explica que, aunque según las ideas humanas se asemeja a Dios, es contrario a cualquier concepción humana de tal ser; informa también que todo el universo es una creación de ella, con el propósito de que iba a dar lugar a la vida inteligente que, después de la muerte, podía seleccionar para sus propios fines: pensar, por toda la eternidad, para hallar conocimiento a fin de divertirlo.

El físico entonces se consterna por la idea de pensar y descubrir por ningún motivo, salvo para divertir a un ser capaz de sobrepasar fácilmente su intelecto con un poco de esfuerzo.



Isaac Asimov

La última respuesta

ePub r2.1
Titivillus 02.12.15

Título original: *The last answer*
Isaac Asimov, 1980
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



La última respuesta

Murray Templeton tenía cuarenta y cinco años, estaba en la flor de su vida, y todas las partes de su cuerpo funcionaban en perfecto orden excepto algunas porciones clave de sus arterias coronarias, pero eso era suficiente.

El dolor vino de pronto, ascendió hasta un punto intolerable, y luego descendió progresivamente. Pudo sentir que su respiración se relajaba, y una especie de bendita paz lo invadió.

No hay placer como la ausencia de dolor... inmediatamente después del dolor. Murray sintió una ligereza casi aturdidora, como si estuviera elevándose en el aire y flotando.

Abrió los ojos, y notó con distante regocijo que los demás que ocupaban la habitación estaban aún agitados. Se hallaba en el laboratorio cuando el dolor le había golpeado, casi sin advertencia, y cuando se había tambaleado había oído gritos de sorpresa de los demás antes de que todo se desvaneciera en una abrumadora agonía.

Ahora, con el dolor desaparecido, los demás estaban aún yendo de un lado para otro, aún ansiosos, aún apiñándose en torno a su cuerpo caído...

...que, se dio cuenta de pronto, estaba tendido boca abajo.

Estaba ahí en el suelo, brazos y piernas abiertos, el rostro contorsionado. Y estaba ahí de pie, en paz, observando.

Pensó: ¡milagro! Los chiflados de la vida después de la vida tenían razón.

Y aunque aquella era una forma humillante de morir para un físico ateo, apenas sintió una ligera sorpresa, y ninguna alteración de la paz en la cual se hallaba inmerso.

Pensó: debe de haber algún ángel —o algo— viniendo a por mí.

La escena terrestre estaba desvaneciéndose. La oscuridad iba invadiendo su conciencia, y lejos, en la distancia, como un último vislumbre, había una figura de luz, vagamente humana en su forma, irradiando calor.

Murray pensó: vaya broma, estoy yendo al Cielo.

Mientras pensaba esto, la luz se desvaneció pero el calor siguió. No hubo disminución en la paz, pese a que en todo el Universo tan sólo quedaba él... y la Voz.

La Voz dijo:

—He hecho esto tan a menudo, y sin embargo aún tengo la capacidad de sentirme complacido con el éxito.

Murray sintió deseos de decir algo, pero no era consciente de poseer una boca, lengua o cuerdas vocales. Pese a todo, intentó emitir un sonido. Intentó, sin boca, susurrar palabras, o respirarlas, o simplemente impulsarlas fuera con una contracción de... lo que fuera.

Y brotaron. Oyó su propia voz, completamente reconocible, y sus propias palabras, infinitamente claras.

Murray preguntó:

—¿Es esto el Cielo?

La Voz le respondió:

—Éste no es ningún lugar, tal como tú entiendes la palabra «lugar».

Murray se sintió azarado.

—Perdón si sueno como un estúpido, pero ¿tú eres Dios?

Sin cambiar de entonación o estropear de ninguna forma la perfección del sonido, la Voz consiguió sonar divertida.

—Es extraño que siempre se me pregunte eso, por supuesto en un número infinito de formas. No hay ninguna respuesta que yo pueda dar y que tú puedas comprender. Yo soy..., lo cual es todo lo

que puedo decir que sea significativo y que tú puedas cubrir con cualquier palabra o concepto que prefieras.

—¿Y qué soy yo? —preguntó Murray—. ¿Un alma? ¿O también soy tan sólo una existencia personificada?

Intentó no sonar sarcástico, pero tuvo la impresión de que fracasaba. Entonces pensó fugazmente en añadir un «Vuestra Gracia» o «Santísimo» o algo para contrarrestar el sarcasmo, y no pudo conseguir decidirse a hacerlo pese a que por primera vez en su existencia especuló con la posibilidad de ser castigado por su insolencia —¿o pecado?— con el Infierno, o lo que se le correspondiera.

La Voz no sonó ofendida.

—Tú eres fácil de explicar... incluso para ti. Puedes llamarte a ti mismo un alma si eso te complace, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, dispuestas de tal modo que todas las interconexiones e interrelaciones son exactamente imitativas de aquéllas de tu cerebro en tu Universo-existencia... hasta el más mínimo detalle. De tal modo que posees tu capacidad de pensamiento, tus recuerdos, tu personalidad. Y te sigue pareciendo que tú eres tú.

Murray se dio cuenta de su propia incredulidad.

—Quieres decir que la esencia de mi cerebro es permanente.

—En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente, excepto lo que yo elija hacer permanente. Yo formé el nexo. Yo lo construí mientras tú tenías existencia física, y lo ajusté al momento en el cual la existencia fallara.

La Voz parecía claramente complacida consigo misma, y tras una momentánea pausa prosiguió:

—Una intrincada pero absolutamente precisa construcción. Por supuesto, puedo hacer lo mismo con cualquier ser humano de tu mundo, pero prefiero no hacerlo. Hay un cierto placer en la selección.

—Entonces eliges a muy pocos.

—Realmente muy pocos.

—¿Y qué ocurre con el resto?

—¡El olvido! Oh, por supuesto, tú imaginas el Infierno.

Murray hubiera enrojecido de haber tenido la capacidad de hacerlo.

—No —dijo—. Eso queda fuera de cuestión. Sin embargo, jamás hubiera creído ser tan virtuoso como para atraer tu atención como uno de los Elegidos.

—¿Virtuoso? Ah..., entiendo lo que quieres decir. Es fastidioso tener que forzar mi pensamiento a descender lo bastante como para permear el vuestro. No, no te he elegido por tu capacidad para el pensamiento, como he elegido a otros, a cuatrillones, de entre todas las especies inteligentes del Universo.

Murray se sintió repentinamente curioso, el hábito de toda una vida.

—¿Los eliges a todos por ti mismo, o hay otros como tú? —preguntó.

Por un fugaz momento, Murray creyó adivinar una reacción de impaciencia ante aquello, pero cuando la Voz llegó de nuevo no había emoción en ella.

—El si hay o no otros es algo irrelevante para ti. Este Universo es mío, y sólo mío. Es mi invención, mi construcción, destinado sólo para mis propósitos.

—Y sin embargo, con cuatrillones de nexos que has formado, ¿pierdes tu tiempo conmigo? ¿Tan importante soy?

—No eres en absoluto importante —dijo la Voz—. También estoy con los demás en una forma que, para tu percepción, parecería simultánea.

—¿Y sin embargo eres uno?

De nuevo un asomo de diversión. La Voz dijo:

—Buscas atraparme en una contradicción. Si tú fueras una ameba que puede considerarse individualidad únicamente en conexión con las células individuales, y tuvieras que preguntarle a un cachalote, hecho por más de treinta cuatrillones de células, si era

uno o muchos, ¿cómo podría responder el cachalote de modo que fuera comprensible para la ameba?

—Pensaré en ello —dijo Murray secamente—. Puede hacerse comprensible.

—Exacto. Ésa es tu función. Pensarás.

—¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

—Aunque lo supiera todo —dijo la Voz—, no podría saber que lo sé todo.

—Eso suena un poco como filosofía oriental —dijo Murray—, algo que suena profundo precisamente porque carece de significado.

—Prometes —dijo la Voz—. Respondes a mi paradoja con una paradoja... excepto que la mía no es una paradoja. Considera. Existo eternamente, pero ¿qué significa eso? Significa que no puedo recordar haber surgido a la existencia. Si pudiera recordarlo, entonces no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber surgido a la existencia, entonces hay al menos una cosa, la naturaleza de mí mismo empezando a existir, que no sé.

»Además, aunque lo que yo sé es infinito, también resulta cierto que lo que queda por conocer es igualmente infinito, ¿y cómo puedo estar seguro de que ambos infinitos son iguales? La cualidad infinita del conocimiento potencial puede ser infinitamente más grande que la infinitud de mi actual conocimiento. He aquí un ejemplo simple: si yo supiera todos los números enteros pares, conocería un número infinito de datos, y sin embargo no conocería ni un solo número entero impar.

—Pero los números enteros impares pueden ser derivados —dijo Murray—. Si divides cada número entero par de toda la serie infinita por dos, tendrás otra serie infinita que contendrá en ella la serie infinita de números enteros impares.

—Has captado la idea —dijo la Voz—. Me siento complacido. Tu tarea será encontrar otras vías como ésta, mucho más difíciles, de lo conocido a lo aún no conocido. Tienes tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas recogido o aprendido alguna vez, o que

posees o que podrías deducir de esos datos. Si es necesario, podrías aprender los datos adicionales que consideres pertinentes para los problemas que tú mismo te plantees.

—¿No puedes hacer todo eso por ti mismo?

—Puedo —dijo la Voz—, pero es más interesante de esta forma. Construí el Universo a fin de tener más datos con los que enfrentarme. Inserté en él el principio de la incertidumbre, la entropía, y otros factores de azar, a fin de hacer que el conjunto no resultara instantáneamente obvio. Ha funcionado bien, y me ha divertido durante toda su existencia.

»Luego introduje complejidades que produjeron primero la vida y luego la inteligencia, y la utilicé como fuente para un equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introduciría un nuevo factor de azar. Descubrí que no podía predecir la siguiente pieza interesante de conocimiento conseguida, de dónde procedía, por qué medios se derivaba.

—¿Ha ocurrido eso alguna vez? —preguntó Murray.

—Por supuesto. Nunca pasa un siglo sin que aparezca algún detalle interesante en algún lugar.

—¿Algo en lo que tú hubieras podido pensar por ti mismo, pero que aún no habías hecho?

—Sí.

—¿Crees realmente que hay una posibilidad de que yo te complazca de esa forma? —preguntó Murray.

—¿En el próximo siglo? Virtualmente no. A largo plazo, sin embargo, tu éxito es seguro, puesto que estarás dedicado eternamente a ello.

—¿Estaré pensando durante toda la eternidad? ¿Para siempre?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Ya te lo he dicho. Para descubrir nuevo conocimiento.

—Pero más allá de eso. ¿Con qué fin debo descubrir nuevo conocimiento?

—Eso es lo que hiciste en tu vida ligada al Universo. ¿Cuál era tu finalidad entonces?

—Conseguir un mejor conocimiento que sólo yo podía conseguir —contestó Murray—. Recibir el aprecio de mis compañeros. Sentir la satisfacción del éxito sabiendo que disponía tan sólo de un tiempo limitado para alcanzarlo. Ahora sólo podría conseguir lo que puedes conseguir tú mismo si lo desearas con un mínimo esfuerzo. Tú no puedes reconocer mis méritos; tu puedes únicamente divertirte. Y no hay ningún mérito ni satisfacción en un éxito cuando dispongo de toda la eternidad para conseguirlo.

—¿Y no consideras el pensamiento y los descubrimientos valiosos por sí mismos? —preguntó la Voz—. ¿No encuentras que es innecesario requerir otro fin?

—Para un tiempo limitado, sí. No para toda la eternidad.

—Entiendo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

—Tú dices que tengo que pensar. Pero no puedes obligarme a hacerlo.

—No pienso obligarte directamente —dijo la Voz—. No necesito hacerlo. Puesto que no tienes nada que hacer excepto pensar, pensarás. No sabes cómo no pensar.

—Entonces me proporcionaré yo mismo una meta. Me inventaré una finalidad.

—Por supuesto, puedes hacerlo —dijo la Voz, tolerante.

—Ya he encontrado una finalidad.

—¿Puedo saber cuál es?

—Ya la conoces. Sé que no estamos hablando de la forma habitual. Tú ajustas mi nexo de tal forma que yo creo oírte y creo estar hablando, pero tú me transfieres los pensamientos y recoges directamente los míos. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, tú eres inmediatamente consciente de ellos y no necesitas mi transmisión voluntaria.

—Estás sorprendentemente en lo cierto —admitió la Voz—. Eso me complace. Pero también me complace que me digas tus pensamientos voluntariamente.

—Entonces te los diré. La finalidad de mi pensamiento será descubrir una forma de interrumpir este nexo mío que tú has creado. No deseo pensar para ninguna finalidad útil excepto divertirte. No deseo pensar eternamente para divertirte. No deseo existir eternamente para divertirte. Todo mi pensamiento irá dirigido hacia terminar con el nexo. Eso *me divertirá* a mí.

—No tengo ninguna objeción a eso —dijo la Voz—. Incluso el pensamiento concentrado acerca de cómo terminar tu propia existencia puede dar como resultado, pese a ti mismo, algo nuevo e interesante. Y, por supuesto, si tienes éxito en ese intento de suicidio no habrás conseguido nada, puesto que instantáneamente puedo reconstruirte y en una forma tal que haga imposible repetir tu método de suicidio. Y si tú encuentras otra forma aún más sutil de interrumpir tu existencia, te reconstruiré con esa posibilidad también eliminada, y así sucesivamente. Puede ser un juego interesante, pero pese a todo seguirás existiendo eternamente. Ésta es mi voluntad.

Murray sintió un estremecimiento, pero sus palabras brotaron con una perfecta calma.

—¿Estoy pues en el Infierno, después de todo? Tú has dado a entender que no existe ninguno, pero si esto fuera el Infierno tú podrías estar mintiendo como parte del juego del Infierno.

—En ese caso —dijo la Voz—, ¿de qué serviría asegurarte que no estás en el Infierno? Sin embargo, te lo aseguro. No hay aquí ni Cielo ni Infierno. Sólo existo yo.

—Considera entonces que mis pensamientos pueden resultarte inútiles —dijo Murray—. Si vengo a ti sin nada útil, ¿no será mejor para ti el... desarmarme, y no tomarte más molestias conmigo?

—¿Como una recompensa? ¿Deseas el Nirvana como premio al fracaso, y pretendes asegurarme ese fracaso? No hay trato aquí. No fracasarás. Con una eternidad ante ti, no puedes evitar el tener al menos un pensamiento interesante, por mucho que tú intentes lo contrario.

—Entonces crearé otra finalidad para mí. No intentaré destruirme. Estableceré como meta el humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no hayas pensado nunca, sino en lo que nunca puedas llegar a pensar. Pensaré en la última respuesta, la respuesta definitiva, más allá de la cual no existe más conocimiento.

—No comprendes la naturaleza del infinito —dijo la Voz—. Puede que haya cosas que aún no me haya molestado en conocer. No puede haber nada que yo no pueda conocer.

—No puedes saber tu principio —dijo Murray pensativamente—. Tú mismo lo has dicho. Por lo tanto no puedes saber tampoco tu final. Muy bien. Ésa será mi meta, y esa será la última respuesta. No me destruiré a mí mismo. Te destruiré a ti... si tú no me destruyes a mí primero.

—¡Ah! —exclamó la Voz—. Has llegado a eso mucho antes de lo normal. Empezaba a preocuparme de que te tomara tanto tiempo. ¿Sabes?, no hay nadie de esos que tengo conmigo en esta existencia de perfecto y eterno pensamiento que no tenga la ambición de destruirme. Es imposible.

—Tengo toda la eternidad para pensar en una forma de hacerlo —dijo Murray.

—Entonces intenta pensar en ello —dijo la Voz en tono neutro. Y desapareció.

Pero Murray tenía ahora su finalidad, y se sentía contento.

Porque, ¿qué podía desear cualquier Entidad, consciente de la existencia eterna..., excepto un fin?

¿Para qué otra cosa había estado buscando la Voz a lo largo de incontables miles de millones de años? ¿Y para qué otra razón había sido creada la inteligencia y reservados algunos especímenes para ponerlos a trabajar, excepto para ayudar en esa gran búsqueda? Y Murray pretendía ser él, y sólo él, quien tuviera éxito.

Cuidadosamente, y con la emoción de la finalidad, Murray empezó a pensar.

Tenía mucho tiempo para ello.



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la Saga de la Fundación, también conocida como Trilogía o Ciclo de Tránton, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.